



como causa inmediata, la aceptación o no del régimen que siguió a la República». Según este criterio, la emigración republicana no incluye a los que se expatriaron voluntariamente, ni a los hijos de los emigrantes nacidos fuera de España, ni a los emigrados del franquismo aunque lo fueran por motivos políticos.

Dentro del concepto de emigración republicana delimitado por Lloréns, se cuentan los 400.000 españoles que cruzaron la frontera francesa en febrero del 39. Aunque bajo la coacción del Gobierno francés regresaron a España unos 100.000, en octubre de ese mismo año todavía quedaban en territorio francés 250.000 refugiados. Al mismo tiempo, procedentes de los puertos de la costa mediterránea, aproximadamente 10.000 españoles se instalaban en el norte de África.

El estudio diacrónico del fenómeno emigratorio en la España moderna, al que dedica Lloréns la primera parte de su libro, permite contemplar desde una perspectiva histórica general la diáspora republicana. El balance de las sucesivas corrientes emigratorias que jalonan el curso de nuestra historia, arroja un inestimable volumen de pérdidas humanas. Basta recordar, por ejemplo, las graves repercusiones que tuvo la expulsión de judíos y moriscos; medida que supuso la destrucción de una clase profesional/mercantil y de una clase obrera/campesina, respectivamente.

Pero ninguna de estas «sangrias», que en cierta medida explican las

precarias condiciones en que las estructuras del país se configuran, es comparable al exilio republicano. En opinión de Lloréns, «nunca en la historia de España se había producido un éxodo de tales proporciones ni de tal naturaleza».

El segundo libro de la serie, «**Guerra y política**» (último en aparecer cuando se escriben estas líneas), reúne cinco trabajos sobre sendos temas específicos: «**Los españoles en la II Guerra Mundial**», de Tuñón de Lara; «**Espanoles en los campos de concentración nazis**», de Javier Alfaya; «**Las formaciones políticas del exilio**», de Alberto Fernández; «**Los Gobiernos y los partidos republicanos**», de Francisco Giral; y «**Las fases políticas del exilio**», de Juan Marichal. En este último trabajo, Marichal, en contra de opiniones mantenidas por los propios exiliados, defiende la tesis de que la emigración se ha realizado políticamente al erigirse en punto de apoyo y referencia de la oposición democrática que nace en el interior de España.

Los tres volúmenes siguientes de la obra están dedicados a la producción científica, artística y literaria de los emigrados y a su aportación a la vida cultural de los países en los que pudieron instalarse: revistas, publicaciones, enseñanza, etc. La literatura catalana, euskera y gallega reciben tratamiento especial en el libro que cierra el ciclo.

El objetivo prioritario del conjunto de la obra que comentamos —como señala Abellán en su presentación— es «cubrir una laguna informativa» y dar a conocer a las jóvenes generaciones un episodio de nuestra historia silenciada durante varias décadas. Ello explica el tono descriptivo de los textos, concebidos como «banco de datos», fuente de posteriores interpretaciones y análisis.

Junto a esta función documental, «El exilio...» intenta restablecer la continuidad intelectual de la historia española, «empalmado con un pasado cultural que nos había sido arrebatado», integrando en nuestra cultura la corriente vivificadora del pensamiento, del arte, y la cultura producidos por los emigrados en su exilio.

Destaca también Abellán la importante función que pueden cumplir los exiliados recuperados, físicamente o a través de su obra, en la consolidación de una auténtica democracia. ■ **BEL CARRASCO.**

«LEVIATAN», VANGUARDIA INTELECTUAL

La revista «Leviatán», de la que Ediciones Turner presenta una **Antología** cuya selección y prólogo ha corrido a cargo de **Paul Preston**, fue la vanguardia intelectual de la llamada «radicalización socialista en la II República».

Como ha señalado Marta Bizcarrondo en su libro «Araquistain y la crisis socialista en la II República», el análisis de «Leviatán», como el de cualquier otra publicación de la II República, debe sufrir una periodización marcada por los acontecimientos políticos para ser comprendida correctamente.

En el caso de «Leviatán», esta periodización es especialmente importante dado que la postura de su creador Luis Araquistain, como la de Largo Caballero, cabezas de la facción del P.S.O.E. de la cual Araquistain era el intelectual más brillante, venía forzada por la presión de los militantes de la base sindical cuyas posiciones radicales se ven obligados a adoptar.

Marta Bizcarrondo marca tres periodos en la revista: el primero, desde el nacimiento de ésta —en mayo de 1934— hasta octubre de ese mismo año. Tiene por núcleo una serie de reflexiones sobre el fascismo, tanto italiano como germánico. La necesidad de comprensión del fascismo se hace día a día más precisa. La explicación del mismo ofrecida por la Komintern se muestra, con frecuencia, cuando menos insuficiente; era, pues, necesario profundizar en su análisis, estudiar a fondo la naturaleza del fascismo para poder frenar su avance. Según indica Paul Preston, en toda Europa socialistas y comunistas como Angelo Tasca, Antonio Gramsci, Otto Baner, August Thalheimer y Leon Totski se lanzan a esta tarea. «Leviatán» en esos momentos se aproxima a esta línea, y será Araquistain quien siente las bases para el debate que sobre el tema se inicia en la revista.

En este sentido, el autor de la Antología señala como significativo el que sean abundantes las colaboraciones en «Leviatán» de seguidores o simpatizantes de la línea de Trotski, como Joaquín Maurín, Andreu Nin..., que trabajaban en la formación de un amplio frente único que pudiera

oponerse a la amenaza del fascismo. Coyuntura que situó temporalmente a Araquistain en la posición del punto de unión del ala izquierda del P.S.O.E., las Juventudes Socialistas próximas a los comunistas, y otros grupos vinculados en mayor o menor grado a la IV Internacional.

El segundo periodo, en el que la revista se vio reducida en número de páginas a la mitad y sujeta a la fuerte censura implantada tras el fracaso de la Revolución de octubre de 1934, ha sido el punto de atención predominante del autor de esta selección; durante el mismo, la polémica interna del P.S.O.E. tiene amplia y clara expresión. Las posiciones defendidas en la revista por Araquistain situaban a «Leviatán» en la vanguardia de la lucha por la bolchevización del P.S.O.E., lo que hace de ella un instrumento indispensable para la comprensión de esta postura.

El tercer periodo arranca con la supresión de la censura en febrero de 1936, y marca en cierto sentido el reencuentro con el tono de los textos y declaraciones que encontrábamos en el primer periodo.

En el ya citado análisis que Marta Bizcarrondo hizo de «Leviatán» (al que una y otra vez hemos de referirnos, tanto por la abundancia de aspectos en él recogidos como por la precisión crítica desarrollada en él), se señala cómo el aspecto de más importancia de esta última etapa es la polémica teórica previa a la unificación con el Partido Comunista. Unificación cumplida antes de la guerra civil en lo que afectaba a las

organizaciones sindicales y juveniles. No así a nivel de partido, en que la polémica entablada por Araquistain con los comunistas sobre la naturaleza del partido capaz de asumir el poder revolucionario, absorberá buena parte de la atención de «Leviatán» hasta el final de sus días.

La antología preparada por Preston se atiene en gran medida a los núcleos centrales señalados en cada uno de los periodos, si bien en el prólogo Preston no trata la polémica con los comunistas, de la cual recoge, sin embargo, en la selección los textos de Araquistain.

Creemos que ello pudiera deberse a limitaciones de un espacio que ha sido dedicado en gran parte a definir cuál fue la evolución del ala largocaballerista del P.S.O.E. y sus relaciones, en cuanto al planteamiento teórico, con las tendencias del socialismo encabazadas por Julián Besteiro e Indalecio Prieto. Monopolización del espacio que ha llevado a la no inclusión de datos tan importantes para calibrar de algún modo la dispersión de «Leviatán» y el ámbito de su influencia real, como financiación, tirada, distribución y precio, para cuyo conocimiento el lector habrá de recurrir de nuevo al libro de Marta Bizcarrondo. El mismo camino habrá de recorrer si desea informarse sobre las secciones que tenía la revista y su evolución a lo largo de las diferentes etapas.

En resumen, la Antología realizada por Paul Preston contiene una cuidada selección de los artículos que en la revista se publicaron, pero su prólogo sacrifica en buena parte a la revista en sí, por entrar en la problemática del grupo cuya representación teórica ostentaba. ■ **LUIS GALIANO.**

LAS REVOLUCIONES MEDIEVALES

«...Después de todo, los orígenes del movimiento revolucionario en nuestra vieja Europa no deberían dejar a nadie indiferente, incluso en aquellos que reflexionan sobre el presente o sobre el porvenir.»

Así termina el libro «**Uñas azules, Jacques y Ciompi**», dedicado a las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV, y publicado ahora por «Siglo XXI» en su

colección «Historia de los Movimientos Sociales» (1).

Dentro del marco general de nuestra historia, la Edad Media suele ser la gran desconocida y sirve generalmente de punto de referencia negativo para cualquier juicio u opinión. A esta Edad Media se le opone tradicionalmente la época inmediatamente posterior, el Renacimiento, como a la noche se le opone el día. El panorama cambia sin embargo sensiblemente cuando se abandonan los esquemas históricos consagrados —reducción de la historia de la humanidad a una serie de fechas y acontecimientos políticos y a la historia de su desarrollo cultural-superestructural—, para estudiar con mayor atención los hechos económicos y sociales en sentido amplio. Desaparecen entonces las fechas límite y el paso repentino de una edad «bárbara» a otra «moderna», y aparecen en cambio la continuidad y la evolución.

La historia de los movimientos sociales se inscribe así dentro de un marco de continuidad, y las revueltas populares de la Edad Media no se pueden desvincular de sus seguidoras modernas y contemporáneas. Esa historia de las luchas sociales en la evolución general de nuestra civilización es una historia continua, que, preservando los caracteres propios a cada época, obedece sin embargo a un mismo planteamiento básico: la lucha de los pobres contra los ricos.

Sucediendo a dos siglos de expansión en todos los dominios —no exentos, por cierto, de problemas y de tensiones sociales—, la Baja Edad Media se caracteriza como un periodo de crisis (crisis económica, social, religiosa, política), de guerras casi endémicas, de hambres y de epidemias. La misma expansión económica del siglo XIII engendró un desfase social cada vez más acentuado: la oposición entre «ricos» y «pobres» ya no se limitó a la lucha del campesino contra el señor feudal, sino que se introdujo a todos los niveles de la creciente vida urbana y se concretó en una lucha triangular entre los «grandes», los «medios» y los «pequeños». Las crisis del siglo XIV agudizarán estos

(1) Michel Mollat y Philippe Wolff: «**Uñas azules, Jacques y Ciompi. Las revoluciones populares en Europa durante los siglos XIV y XV**». Siglo XXI. «Historia de los Movimientos Sociales». Madrid, 1976. De España Editores. Colección. 284 págs.

